

sen, disfrazado todavía de falso cochero en el pescante, dirigen a Bondy, donde aguardan a la Reina varias damas en otro coche con todo el aditamento de cajas, de sombrereras, de baules, necesarios a una reina para escaparse de su reino.

Noche embalsamada y hermosa la noche anterior al hermoso solsticio de verano; en que los pueblos celebran la velada de San Juan, noche media entre la primavera y el estío, perfumada por las flores hasta en los climas del Norte; iluminada por las estrellas rutilantes, bendecida por los que respiran su fresco aire, noche de poesía en que los herederos de tantos opresores van, devorando el espacio, en demanda de la propia libertad; si fuera cierto que los astros escriben allá en las esferas cerúleas como con signos cabalísticos, la suerte de los mortales, ¡qué tragedia, tan superior a las de Esquilo, trazarian sobre la frente amenazada de aquellos infelices monarcas, inclinados al abismo de su irreparable ruina! Hasta Bondy todo va bien, a pesar de que todo debía ir muy mal. Es cierto que por temor a las imprudencias de la real servidumbre en las Tullerías se retardó veinticuatro horas el viaje, lo cual trajo grande perturbación a la distribución de fuerzas militares en el camino: cierto que el brillo y magnitud de la berlina delataba en aquella correría un complot; pero también es cierto que los disfraces, los cocheros fingidos, las zozobras pasadas, la burla de los centinelas, la huida increíble a espaldas de Lafayette, el desacato a la Asamblea soberana, el rompimiento a la Constitución, alegraban y satisfacían a la Reina, tanto por lo que tuvieran de aventurero, como por lo que tuvieran de reaccionario y de faccioso. Y cuenta que las imprudencias se sucedían sin ninguna interrupción desde el seno de la Cámara, donde se habían partido, hasta el seno de Bondy, a donde habían llegado en este momento crítico de nuestra Historia. No digamos nada de la algazara que emplearon para disfrazarse, cuando acababan de despedir la servidumbre para dormirse. No digamos nada de haber entregado los niños a una dama principal por motivos de pura etiqueta histórica y tradicional, a una dama de honor, en vez de entregarlos, como exigía la conveniencia por completo a un hombre de fuerza. No digamos nada de haber salido los Reyes a ver partirse los hijos hasta la plaza misma del Carrouse extraordinariamente iluminada; ni de haber andado por las calles de París con persona que las desconocía del todo. No digamos nada del abandono inconcebible de un coche de alquiler que ha partido en la calle de la Escala, y se ha encontrado sin cochero y sin gentes en los fosos de una carretera. El envío de tantas damas de honor a Bondy con tantos equipajes, basta por sí solo, si se considera que estuvieron allí diez horas seguidas antes de la llegada de los Reyes, base este acto para dar a conocer la demencia con que se había ideado y la torpeza con que se había concluido aquella criminal tentativa. Allí, en Bondy, todos se reconocen, como los actores de un drama después que ha pasado la función. El cochero es el conde de Jersen, que se despide para Suecia; el lacayo es el Rey de Francia; la baronesa rusa es el aya de los príncipes; las institutrices y señoritas de compañía son

la Reina y la princesa Isabel; los hijos de la baronesa rusa el Delfín y la duquesa de Angulema; los picadores y postillones, los guardias de Corps más adictos a la persona del monarca. Con todo esto imaginaos cuán fácil es suscitar sospechas y cuán difícil conseguir que se gane la partida en medio de tantas zozobras y de tantos y tan temibles peligros. ¡Cuántos recuerdos debían despertar en el ánimo de aquellos seres, representantes de tantas tradiciones, las tierras que devoraban en su rápida fuga! Aquí el sitio de una batalla; el bosque de Bondy allá donde murió de muerte violenta el infeliz Chilperico; acullá las torres sombrías, levantadas para hogar y albergue a una familia real, y que han proyectado sobre el trono tantas sombras letales, las torres de la familia de Orleans; por todas partes los recuerdos o huellas de la monarquía y de sus combates y de sus ejércitos y de sus victorias, apenas creíbles en esta angustiosa hora, en que se iba la infeliz fugitiva desde su palacio a suelo extraño en una cómoda berlina de viaje. Cuéntase que, en esta noche, sólo encontraron los reyes algún que otro labrador, conduciendo en sus asnos frutas y hortalizas a los mercados vecinos. Pero el alba se levantó por aquel oriente, donde se encerraban las esperanzas del Rey. Las aves comenzaban a gorjear sobre las ramas cargadas de rocío; la luz vino a herir la retina de aquellos viajeros desalados: todo puede descubrirse, y sin embargo, el coche marcha con paso tardo; el Rey baja para andar un rato a pie y gozarse con la salida del sol, como si anduviera por los jardines de Saint-Cloud o por los bosques de Versalles: los guardias de Corps con sus libreas amarillas y sus látigos chasqueantes, cabalgan, cual si anduvieran en una magnífica parada, los cambios de tiros se verifican con una detención y una solemnidad verdaderamente regias; los gentiles-hombres dan iguales propinas que daban cuando el Rey iba de gran ceremonia desde uno a otro de sus reales sitios. Sesenta y nueve millas recorren estos infelices en veintidos horas, sin recordar que cada minuto vale un siglo. Así el pobre marqués de Bouillé se desespera; contemplando las órdenes y contraórdenes que ha necesitado dar para sus destacamentos; y el duque Choisseul ve deslizarse diez horas aguardando en vano allende Chalons a los fugitivos. Para que la temeridad fuese mayor, los tiros de caballos se multiplicaban en la ruta, y los destacamentos de soldados aguardan un tesoro; con lo cual despiertan unos y otros la general curiosidad y delatan la increíble aventura. ¡Tesoro! dicen los campesinos moviendo la cabeza. El tesoro a los ojos de unos aparece en forma de invasión extranjera y a los ojos de otros en forma de patrullas armadas y venidas con el encargo paternal de apresurar el pago inmediato de los atrasos feudales. Así es que los husares de Chiosseul esparcidos por toda la vía se ven celados por la guardia nacional y puestos en el duro trance de mantener un combate con el pueblo para ocultar un misterio del Rey. Necesitábase absoluto desconocimiento del estado de los ánimos para intentar de aquella ruidosísima suerte fuga tan importante a fronteras incendiadas por una tempestad moral y henchidos de gentes revolucionarias, las cuales atisbaban para comba-

tirlas con igual fuerza, las dos calamidades temibles en aquella suprema crisis: la reacción monárquica venida de París con las invasiones militares intentadas por el extranjero. Y, sobre un terreno volcanizado así, la berlina de viaje anda tres millas por hora, y á mayor abundamiento, llena de princesas, circuida de picadores, cargada de baules, dejando tras sí la delación de propinas excepcionales y promoviendo delante de sí el escándalo de los destacamentos que corren anhelosos, tras un tesoro, el cual no puede ser otro que la corona de Francia.

Así pasa el día 21 y llega su luminosa noche. El sol baja con majestad sin igual á su ocaso, y el labrador se refira con saludable cansancio á su vivienda; recógense las gallinas en los corrales, y suenan los ganados en la entrada de los apriscos sus esquilas; calla la alondra en su nido de barro, tras vuelos infinitos en busca de luz, y levanta el ruiseñor á las primeras estrellas aparecidas en el desierto cielo las últimas endechas de amor, mientras sobre todos estos esplendores y todos estos murmullos de la tarde, óyese la campana que llama á la oración, y la plegaria del creyente, que, repitiéndose como los fenómenos mismos de la naturaleza, ofrece á María en homenaje religioso tanta hermosura, en que aparece la Madre del Verbo calzada de la luna, ceñida del sol y coronada de estrellas entre los arreboles del último crepúsculo. En noches así, hasta la naturaleza del Norte convinda de suyo á comunicación estrecha con su esplendor y hasta los pueblos germánicos ó semi-germánicos adquieren la viva locuacidad de los pueblos del Mediodía. El calor explica la democracia natural á ciertas regiones, porque congrega en toda plaza pública las muchedumbres; y como pinta y aroma las flores, pinta y aroma las imaginaciones; y como madura las frutas, madura las inteligencias y las prepara para el ejercicio de la libertad. En la aldea de Sainte-Menchould, donde un tiro de fresco aguardaba la regia berlina y un destacamento de húsares la real familia, salía á primeras horas de la noche aquella, tan hermosa, la gente del pueblo departiendo entre sí sobre los asuntos públicos y hablando con los guardias. Naturalmente, todos estos, con sus uniformes vistosísimos, con sus armas resonantes, con sus dicharachos alegres, encienden la fantasía del pueblo y alimentan las conversaciones generales. ¿Y de qué hablar? Cuando todos los poderes se hallan entregados á las discusiones de una Asamblea, y todos los principios á las competencias del espíritu público, y todos los órganos sociales á recomposiciones continuas; cuando la revolución estalla, y la prensa arde, y los clubs vociferan, y las milicias andan, y los ejércitos discuten, y los ayuntamientos parecen congresos, y los Congresos resultan soberanos, y los soberanos cautivos, en esta gran tragedia, habla, naturalmente, de política todo el mundo, no con el reflexivo juicio de la deliberación madura, con las exaltaciones propias de la fe ciega y del ciego y vertiginoso apasionamiento. Entre tantas muchedumbres del pueblo como hablan de política, descuellan dos personas interesantísimas en esta escena del drama trágico, que se llamará eternamente en la Historia la fuga de un Rey. Es una,

el capitán de húsares Daudoins, que ha pasado todo el día en esta situación extraordinaria, lleno de impaciencia por una berlina que debe aparecer hacia el camino de París; y obligado á ocultar sigilosamente á los ojos de todo el mundo el sentimiento que con más dificultad se oculta en el pecho, la impaciencia. Cuando nadie lo ve, pasea con precipitación de un lado á otro, habla consigo á solas, mueve sus ojos al arbitrio de sus nervios; y en cuanto le ve alguien toma una indiferencia y una frialdad como de estatua; desoye con imperio los latidos de su corazón, mira con ojos apagados las columnas de humo despedidas de su cigarro, y sonríe á sus interlocutores con la serenidad de aquel que se fastidia por no sentir ninguna emoción, ni buena ni mala, en su tranquilo pecho. El otro personaje es lo que llaman los franceses «un maitre de poste»; es decir, el encargado de un parador de diligencias. Este hombre de aspecto deforme, de complexión fuerte, de genio agrio, de ideas exageradas, de temperamento revolucionario, que se llama Drouet, está á matar con los húsares, porque uno de ellos ha alquilado cierto jaco en la posada donde paraba y no en la casa de sus diligencias. Y en estas épocas de revolución exaltadísima, todas las enemistades toman carácter epidémico. Por consecuencia, Drouet, inteligente en caballos é inteligentísimo en política, antiguo húsar de Condé, y, por tanto, conocedor de las creencias de los húsares, asiste un día á las fiestas de la Revolución francesa en el campo de Marte, y, por ende, muy consultado por todos los vecinos de aquellas aldeas y muy oído, comienza en tamaña coyuntura crítica, herido de la preferencia dada por la guarnición al posadero, empieza el belén, divulgando la idea de que en todo aquello se oculta la mano negra de una palaciega reacción. ¡Dios mío, á qué pequeños accidentes, á qué singulares nonadas sujetáis en vuestra sabiduría la suerte de los Imperios más formidables y el sér de las mayores naciones! Si Drouet no hubiera estado tan herido, seguramente Luis XVI llegara á Montmedy y cambiara el curso de la Revolución francesa. Pero el caballo alquilado por el húsar iba ¡oh fatalidad! á derribar una Monarquía que contaba diez y ocho siglos de existencia. Por fin, cuando más airado estaba el antiguo húsar y más impaciente el capitán, surge, como de las primeras sombras de aquella noche trágica, un picador de traje amarillo, espoleando un caballo vigoroso y jadeante. El buen palafranero tiene á gala entrar con estruendo en las poblaciones y reunir alrededor suyo las muchachas, embobadísimas con su aire, con su figura y con su uniforme. Para que nada falte, va preguntando á todos por el despacho de diligencias, y precediendo aquella berlina, trono ambulante ó carro funerario donde van metidos los ilustres herederos de cien antiguos reyes. Los campesinos abrian los ojos con curiosidad, y los dragones se quitaban sus cascos relucientes con verdadero respeto. Desde el fondo de su coche graciosa dama, cubierta con un sombrero á la bohemia, saludaba y devolvía los saludos con ciertas inclinaciones de cabeza que sólo usan los reyes populares y los actores aplaudidos, la gente que, por razón de su oficio, se comunica mucho con el público. Frente al sitio por

ella ocupado, un su ayuda de cámara solía inclinarse con igual majestad que ella á igual gracia, la cabeza, mal cubierta por su peluca de siervo. El capitán celaba tales movimientos de las regias cabezas, desplaciéndole por extremo; y escuchaba las conversaciones de los campesinos, alarmándole por extremo también. Y no había para menos con la monumental berlina, con el coche subsiguiente cargado de señoras y de maletas, con los húsares tendidos por todas partes, con los palafreros amarillos, que relucían hasta en las indecisas tinieblas de aquella noche luminosa, con los avizores ojos de Drouet, aquellos ojos siniestros, los cuales se asemejaban á los ojos de las lechuzas y demás aves nocturnas en dos semejanzas capitales: en su fealdad y en su don de ver claro á media noche. Con efecto, para más complicación, habíale dado á los postillones por atravesar lenta, muy lentamente la pobre aldea.

En vano el capitán de húsares le miraba de hito en hito y le decía con los ojos que acelerase su carrera. ¿Qué entiende un postillón, acostumbrado á tanto estruendo del silencioso lenguaje de los ojos? Anduvo lentamente, gozándose con dirigir algunas palabrotas á los húsares, con decir algunos chicoleos á las muchachas, como aguardando á que Drouet cumplierse toda la inexorable fatalidad de su destino en aquella terrible tragedia. Iba el antiguo húsar con un compañero y amigo suyo llamado Guillermo, el cual participaba de su curiosidad, naturalísima en las aldeas, donde ocurren muy pocos sucesos y se ven muy pocos espectáculos. Y ambos á dos metían los ojos en todas partes, y avizoraban cuanto allí sobrevenía. Drouet notó el rostro largo de la dama y el rostro carnudo del triste lacayo, y creyó haberlos visto, no frente á frente, como ahora, sino al lado uno de otro en algunas célebres fiestas cívicas. Y aún no los había visto y caído en esta semejanza, cuando se mete la mano en los bolsillos buscando alguna cosa, y como no la encontrara, se dirige á Guillermo y le dice: «¿Tienes ahí un asignado nuevo?» es decir, un billete del papel-moneda que hacía circular la revolución. Y Guillermo, escribiente, creyó de un procurador que llevaba siempre estos y otros documentos en el bolsillo, le entrega el asignado, y lo recibe Drouet y lo despliega, y compara el rostro escondido en la berlina con el rostro grabado sobre aquel billete, y al concluir esta comparación se vuelve hacia su cofrade y le dice imperiosamente: «Ensilla á toda prisa dos buenos caballos». El secreto está conocido y la dinastía perdida. Drouet y su compañero saben ya por adivinación súbita que la familia real se dirige á la frontera, y propónense cortarles á toda prisa el paso y atajarla á toda costa en su camino. Antes de partir á galope sueltan la noticia y sublevan la población. Drouet hubiera detenido al Rey en su propia aldea, quizás encerrándole en su propia casa, si no calculara con singular previ6n, dos probalidades bien contrarias á su intento: primera, la intervenci6n de los húsares; segunda, la falta de armamento y hasta de pólvora en la milicia de su pueblo. Si tendiera la mano á las bridas de un tajo se la cortara el capitán; y si sublevara la Milicia, de un empuje la vencieran los húsares. Por

consiguiente, no le quedaba más remedio que correr á la vecina aldea de Varennes y cautivar allí, con ayuda de aquellos patriotas, mejor armados, á la real familia. Conocedor del terreno, sabiendo cómo el camino real describe un considerable ángulo, se va por el atajo de los peatones y de los jinetes, seguro de que llega dos horas antes que la real familia. El capitán, su enemigo, busca un húsar que monte de súbito á caballo y detenga el delator. Encuentra uno en el cuartel, lo pone con exactitud en la pista, y le dice que arreste á Drouet vivo ó muerto. La muerte, pues, pisa los talones de aquel hombre, encargado por la Providencia de tan grandes y trascendentales destinos heroicos. Cuatro leguas llevaba de ventaja el camino de Drouet al camino de la real familia, y este accidente del drag6n lanzado en su busca, lo atrasa, porque huyendo á la persecuci6n cercado, persecuci6n preñada de la muerte, se embosca en vecina selva de él conocida ó practicada, y se escapa prontamente á toda asechanza. La terrible sentencia del destino va inexorablemente á cumplirse. Nada puede libertar ya en el mundo, á los desgraciados cautivos.

¡Qué espantoso ruido en la aldea de Drouet! Las campanas tocan como por sí solas á rebato; los milicianos salen á una en armas; los dragones se repliegan aterrados en los cuarteles; las mujeres maldicen á quien arrastra en su pesada berlina la levadura siniestra de una invasi6n extranjera que ha de chocar primero con sus tristes y amenazados hogares. Pero esto no es nada en comparaci6n de lo que pasa allí cerca, en otro sitio, donde hay muchos húsares mandados por el conde de Damás, y donde ¡parece imposible! suena la noticia sabida por Drouet y despierta á los habitantes dormidos en el primer sueño á la manera que la trompeta del juicio despertará á los muertos en sus mudos sepulcros. Las campanas suenan á todo vuelo, las puertas se abren de par en par, las ventanas se iluminan como por ensalmo, las gentes salen aterradas y en camisa por plazas y calles eua sorprendidas de inundaci6n ó de incendio, los tambores tocan á generala, y los nacionales armados montan sus fusiles y creen que ha sonado la hora de vender caras sus vidas en defensa de la libertad y salvar al náufrago pueblo francés en aquella horrible borrasca. El coronel conde Damás, cree necesario el emplear ya sus húsares en contener los arrebatos de aquel pueblo ciego de cólera, y en salvar la persona del monarca próxima ciertamente á una terrible cautividad. Pero el contagio moral resulta mayor aún que el contagio físico; y los húsares contagiados por el entusiasmo de la milicia, y or el clamoreo de las mujeres, por el sobresalto de todos los ánimos, se sobresaltan también, se entregan á la corriente impetuosa de aquella opini6n exaltada, y juran servir á la naci6n francesa en su angustia. Y el coronel Damás, y el corneta Remy, únicos que sintieron la fe realista en medio de aquella exaltaci6n democrática, viéronse obligados á correr á uña de caballo hacia Varennes, no para defender al monarca indefendible cuando le faltaba completamente el ejército, sino para morir á su lado en aquella hora suprema de su total ruina. Y lo mismo que le sucede á Damás, le sucede al duque de Choisseul, quien va, á su vez, á